

Augusto d'Halmar.

## EL POETA NACIONAL

A Milosz.

**H**ERME Schylo, convalecía de una vulgar grippe; pero como era la primera vez que se hallaba confinado entre sus cuatro paredes de hotel, vióse asaltado por tristezas desconocidas aún para él siempre taciturno y retraído. Recordó que estaba en vísperas de cumplir cuarenta y nueve años, es decir, de cerrar el ciclo esotérico de los siete veces siete; pensó, sin nostalgia, pero con desamparo, en que no tenía hogar, ni país y se puso a rememorar el suyo de origen, donde ni siquiera había soñado volver.

Herme Schylo es, sin embargo, todo el mundo lo sabe, el gran poeta de Lituania, aunque, como hijo de polonés, educado en Varsovia, siempre escribió en polaco y otro poeta, anónimo, haya ido traduciéndole al lituano. Así llegó a ser el genio representativo de su patria, sin siquiera conocer su idioma. Y es que nadie ha expresado como él su alma, el alma nacional.

Ahora vivía desde siempre, o sea, desde que terminó sus estudios en París, y tenía de Grodno recuerdos tan imprecisos como doloridos. Sus primeros años transcurrieron junto a su padre medio loco y que no consentía se hablara en su presencia sino la lengua protocolar de los señores lituanos. A su madre era a la única que le había oído esos vocablos con que el pueblo repite ahora sus cantos; pero era una criada he-

brea y desde que tuvo uso de razón no le fué dado verla sino en sus escapadas a las dependencias domésticas, para que le atiborrara de besos y dulces almizclados.

Y, súbitamente, Herme Schylo deseó recobrar por unos días su verdadero nombre de Witoldo Czarwicz y decidió substraerse esta vez a su propia tutela e intentar un regreso fugitivo y de incógnito a la tierra de sus mayores, donde, desde que él tenía diez años, yacían su pobre madre y su padre, huraño y sombrío, desde que cumplió los quince. Hombre maduro ahora, y ya en las lindes de la vejez y la muerte, quería contrastarse con su infancia y su adolescencia; sentía también una curiosidad de artista por ver desde cerca y en la realidad, todo aquello que inspiró sus fantasías de ausencia.

Y, con un pasaporte, en el cual no figuraba para nada su glorioso pseudónimo, tomó en la «gare de l'Est», el tren *hacia allá*.

\* \* \*

Apenas transpusieron la última frontera, comenzó a ver en torno suyo gentes cuyos rasgos le eran familiares y oyó hablar una jerga ininteligible para su inteligencia, pero a la cual respondían en su subconsciente no sé qué ecos. No era que evocara nada, sino más bien como si rejuveneciese al despojarse de convencionalismos y fuera despertándose, con cuanto le rodeaba. Witoldo Czarwicz había soñado el mundo y su vida y volvía a hallarse ahora, medio a medio del Bosque sucesivamente Encantado y Desencantado de la Bella Durmiente.

Cruzaron el Niemen y nada como las cosas que se desdoblaban en imágenes invertidas en el agua, trájole a una realidad más evidente que la inmediata, puesto que junto a ella resultaba ficticio todo lo demás. Witoldo hubiera deseado inmergirse cabeza abajo

como los sauces y los molinos de la orilla, hasta las profundidades imaginariamente insondables del río y permanecer allí como un tembloroso reflejo traslúcido y visionario.

Paró en un hotel cualquiera, donde el personal se expresaba en francés, en alemán y en ruso, y después de haber celebrado solitariamente en el comedor la misteriosa transubstanciación del pan hecho con carne y el vino hecho con sangre de esa tierra, se echó a la calle, tratando de orientarse en el tráfago de la pequeña capital, a la vez modernizada y auténtica. Era el momento entre dos actividades, en que cerraban los comercios y se interrumpía el trabajo; la efímera animación callejera que precede al despoblarse de la comida, y Witoldo que la había anticipado, vagaba un tanto sin rumbo, ni objeto, en medio a una multitud en que cada cual llevaba directamente su destino.

Por modo insensible había bajado hacia el río y le extrañó encontrarse tratando de vislumbrar entre el encandilamiento del sol, la opuesta margen. Allí debía de alzarse en los alcores la solariega morada, caída ha mucho tiempo en el dominio comunal. ¿A escuela, a cárcel, a museo, a qué podrían haberla destinado, o habríanla abandonado a sí misma y estaría en ruinas, o la habrían arrasado? Witoldo recordaba con precisión que quedaba un poco más allá del puente; que al pie se tenía la parroquia de ese arrabal de la ciudad; que la casona dominaba el campanario y las campanas, como si estuviera más allá de las nubes; que cuando el vicario repechaba a contra luz la cuesta que conducía hasta ella, los cabellos le hacían aureola y el viento mostraba por debajo de la sotana sus botas de montar; en cambio, cuando desandaba la pendiente, con el sombrero en la mano, su reluciente tonsura irradiaba como la hostia en la custodia.

Desde lejos distinguió la mole gris de las construcciones, entre los macizos de árboles. ¿Luego subsistía también el viejo parque donde, hacía treinta y cinco años, un niño como Heine sollozó leyendo el «Quijote»? Y a la mente le acudían sus más íntimos versos y como estribillo: «¡Oh país de infancia! ¡Oh señorío umbroso de los antepasados! ¡Corazón! ¡Triste corazón!»

Había llegado ante la monumental y mohosa verja; pero le sorprendió una placa de mármol con renglones simétricos esculpidos en relieve como el epitafio de una lápida; entre tantos caracteres confusos parecía descifrar su nombre. Entonces tiró maquinalmente la cadena de la entrada y una esquila resonó en el ámbito del parque.

Un niño con una rebanada de pan en la mano, se había asomado y escondido; un hombre vino lentamente a su encuentro.

—Excúseme,—le dijo Witoldo, en polaco;—pero deseaba saber si pueden visitarse estos lugares.

El guarda se llevó la mano a la visera de la gorra y, aunque con dificultad, también se expresó en polonés.

—El acceso al parque es libre hasta el anochecer; pero para el castillo hay que pedirle las llaves al señor Cura.

—Y en el castillo...—repitió Witoldo—¿hay algo que merezca la pena de verse?

El guarda tardó en replicar.

—No, nada,—expuso lacónicamente. Era mansión de los señores de Grodno; pero todo ha pasado. Únicamente, que aquí nació nuestro poeta nacional.

Witoldo hizo un vago ademán.

—¿Quién dice Ud.?

—Herme Schylo,—explicó el guarda, señalando la inscripción de la entrada.

Había pronunciado con tal acento esas dos palabras, que al mismo que las inventara y combinara, le costó

reconocerlas. Era su propio pseudónimo, su nombre propio, el que así emanaba transpuesto, de labios lituanos, lituanizado y arcaizado. Mientras él lo decía áticamente, todo un pueblo, el suyo, le llamaba así, con esas inflexibles inflexiones, runas, altaicas o sánscritas.

—¿No le han oído Uds. nombrar?—insistió con extrañeza el hombre.

Witoldo esbozó otro ademán vago.

—Son versos suyos,—apuntó el guarda, indicando de nuevo la lápida,—y es lástima que Ud. no pueda recrearse en ellos, porque son intraducibles. Versos a esta casa, a la cual llama Madre y a la que reprocha no le haya retenido bajo su techo, donde vivió sin deseos. Y al final le pregunta que ¿por qué le dejó partir, puesto que sabía que los verdaderos viajeros no han de regresar nunca?

Resumía el sentido en términos torpes, pero expresivos y había ido ensordeciendo la voz insensiblemente.

—Si lo permite, recorreré el parque, mientras se consigue las llaves para mostrarme la casa,—propuso Witoldo. Salude al señor Cura, de parte de un forastero.

\* \* \*

Nadie hubiera podido explicar, ni él mismo, la impresión que le sobrecogía. En su memoria revivían muchos recuerdos olvidados, como un poema hecho con versos incoherentes: «Penetraré allí levantando dulcemente el arco-iris y me acogerá el pájaro de cristal que dice «mli» con un gorgceo suave en el viejo jazmín sonámbulo de la infancia...» Todo eso lo había cantado él desde lejos y ahora estaba cerca y él y todo se hacía piedra musgosa, se volvía árbol y se deshacía en jirones de nubes.

De mi corazón donde bulle este ritmo misterioso  
 Siento subir el olor de los mediodías de la niñez. No he olvidado  
 El bello jardín cómplice donde me llamaba Eco, tu hijo menor,  
 [Soledad  
 Y reconocería el sitio donde yo dormía antaño  
 A tus plantas. ¿No es cierto que la seda irisada del viento corre  
 [aún  
 Sobre la hierba triste y polvorienta de las ruinas y del moscar-  
 [dón velludo  
 El son de miel se prolongaría ya en el vibrante calor?

Todo eso estaba ahí materialmente, con sus zum-  
 bidos y sus colores: «La estufa irisada por el tiempo,  
 que aun abriga el cactus enano y la débil higuera ve-  
 nidos antaño ¿de qué países de felicidad? «Y del «he-  
 liotropo moribundo» el olor deliraba aún en las fiebres  
 de la mansa siesta estival del norte. «¡Oh país de in-  
 fancia! ¡Señorío umbroso de los antespásados! ¡Cora-  
 zón! Triste corazón!»

Witoldo se abandonó a su instinto en el dédalo inex-  
 tricable del jardín abandonado, vuelto a ser virgen:  
 «¡Allí a derecha, en el claro, medio a medio del bosca-  
 je,—las ruinas color de sol! ¡Y ahí ningún pasaje—se-  
 creto! Porque yo he errado en esa tebaida con el amor  
 mudo bajo la nube de medianoche. Yo sé—donde es-  
 tán las moras más maduras; la alta yerba—donde la  
 estatua rota ha escondido su rostro—es amiga mía y  
 los lagartos saben hace largo tiempo que no truena  
 nunca—en la nube de mi sombra. Aquí todo me ama—  
 porque todo me ha visto sufrir».

Interrumpióse en su camino y sus invocaciones.  
 Quiso ver el «tierno rosal enfermo al pie de la colina»;  
 quiso oír al «dulce pájaro-carpintero que clava el ataúd  
 de su amor», y a «la ranilla que ora en los cañaverales  
 mudos». Y luego, cuando la humedad rezumó en el  
 césped, «separando la cabellera de huérfano del sauce  
 tembloroso y orgulloso», el rostro del agua se le apa-  
 reció «¡tan claro, tan puro, tan puro, tan claro!» Era

la «sabia fuente de mirada tranquila donde se refugiaba en los calores resonantes todo lo que queda de silencio y de sombra sobre la tierra».

Se detuvo exhausto como si la vida se le vaciara por esa vena flúida de su terruño que manaba y rumoreaba incesantemente. Seguía contándose ella misma a sí misma, al follaje y a la soledad, la monótona historia de sus años muertos. Y por encima de su murmullo hacíase el gran silencio del pasado y del olvido.

Lentamente volvió a pasos contados sobre sus pasos, pensando que ya estaría aguardándole el jardinero con las llaves, ¡las llaves de «la tumba de su pasado»!

\* \* \*

Penetraron primero en el castillo: «la casa de la infancia, la muda, la sombría, al fondo de los parques frondosos donde el ave transida de la mañana cantaba bajito por el amor de los muertos muy antiguos en el obscuro rocío». Ahí, «en esas cámaras profundas de ventanas adormiladas» era «donde el antepasado de su raza había vivido y ahí donde su padre, después de sus largos viajes, había venido a morir».

No quedaba sino uno que otro mueble empotrado en los muros, como formando parte de sus sillares, lo suficiente para reconstituir lo que fué el hogar.

Y en la más vasta de las salas, junto a una mesa de encina maciza, Witoldo vió distintamente a su padre y se vió, pequeñuelo, él mismo, aquella noche cuando un servidor vino a rogar de parte de una criada moribunda, que la dejaran ver al niño, a *su* niño.

Su padre y su madre. El, sin hablar, le había hecho una seña, y por la mano había cogido el criado y le había conducido a través del jardín nocturno hasta el pabellón de los domésticos, donde acababa de expirar la criada hebrea que le dió el ser.

—Este,—previno el guarda, desde el umbral,—es «su» cuarto: donde nació, creció y estudió.

Y Witoldo pensó:

«¡He aquí el muro sin crucifijo y la mesa y el libro Cerrado! Si lo imposible aguardado tanto tiempo Golpeará a la ventana, como el pechirrojo aterido ¿Quién, pues, se levantaría aquí para abrirle?»

En el testero sobre la chimenea brillaba otra lápida. El guía encendió una linterna y la alzó para leer.

—Dice:—dijo,—«Era la vieja alcoba azul de la Casa de mi Infancia. Yo había nacido allí. Es ahí también donde se me apareció antaño, en el recogimiento de la vigilia, mi primer árbol de pascua, ese árbol muerto convertido en ángel que surge de la profunda y amarga selva, que surge todo encendido de las profundidades de la selva helada y camina solo, rey de las lagunas nevadas, con sus fuegos fatuos arrepentidos y santificados, en la campiña silenciosa y blanca; y he aquí las ventanas de oro de la casa del niño bueno.»

Había traducido de corrido, siguiendo con el dedo los renglones de los versos, pero casi sin titubear, como si se los supiera de memoria. Así los había *destraducido*. Y cuando acabaron, Witoldo los prosiguió en silencio: «¡Viejos, tan viejos días, tan bellos, tan puros! Era la misma alcoba, pero para siempre fría, pero muda, pero gris. Parecía haber olvidado para siempre el fuego y el grillo de las antiguas veladas. ¡Ya no había padres, ya no amigos, ya no más servidores! No había sino la vejez, el silencio y la lámpara. La vejez mecía mi corazón, como una loca a un niño muerto, el silencio ya no me amaba, la lámpara se extinguió».

\* \* \*

El hombre apagó deliberadamente su farol, porque reaparecían a la semiclaridad del exterior, en el apaciguamiento vespertino.

Y como Witoldo le hubiera significado su deseo de visitar también el pabellón, no ocupado ya sino por el jardinero y su familia, atravesaron el jardín crepuscular, como aquella noche, y como aquella noche, pudo ver la estancia donde furtivamente había vuelto sólo a las altas horas, para despedirse del cadáver de su madre y donde, habiéndose ocultado al sentir llegar a alguien, pudo presenciar desde su escondite la escena en que el terrible amo y señor cubrió de besos insanos a la muerta y se golpeó la frente contra los bordes del humilde lecho de muerte. El rostro del verdugo decrepito, aparecía demudado por no sé qué remordimientos, mientras el de la joven víctima, parecía transfigurado también por no sé qué perdón. Y el hijo, sofocando sus suspiros, creía asistir al derrumbe de todo cuanto se nos enseña de bueno y de malo, de injusto y de justo, ¡cuanto repiten los hombres, sin saber lo que se dicen! ¡Ah! ¡Allí no se pondría ninguna lápida! y, sin embargo, él podía decir, como había dicho, que ahí había comprendido de una vez por todas, siendo niño, «de qué muertes sordas, irremediables, están hechos estos días de la vida».

—Me permití contarle por mi cuenta al Señor Cura, que Ud. admiraba a nuestro Herme Schylo, porque él es su traductor, ¿sabe? y como no pudo acudir en persona a atenderle, me ha encargado no dejara de pasarse por la casa parroquial,—manifestó el guarda, reconduciéndole hasta la cancela.

Mas Witoldo Czarwicz habíase pasado la mano por la frente y ya se había recobrado.

—Lo lamento,—dijo con decisión,—pero apenas si me queda tiempo, porque salgo de Lituania esta noche. Agradézcaselo *todo* de mi parte.

Y, envolviendo su tarjeta en un billete de banco, se la dejó en la mano.

Todavía se volvió a medio descenso y pudo distinguir la verja cerrada, las copas de los árboles y, entre

ellos, los torreones de la casa: «¡Corazón, triste corazón!» Un algo impalpable como una nevada gris, que era la noche y el recogimiento de la noche, comenzaba a amortiguar el paisaje. Entonces apresuró el paso, hacia la ciudad de tránsito y hacia el porvenir siempre despejado ante los hombres de buena voluntad...

*Madrid, 15-17 Abril.*